

(Escrita en mayo 2003 para el suplemento cultural de *La Nación*, que no la publicó.)

AÚN
Por Mariano Dupont
(Emecé)
222 páginas
\$

El Premio Emecé de novela, relativamente módico (\$ 5000) tratándose de una distinción otorgada por una editorial grande, tiene, quizá por esa falta de necesidad de recuperar con rápidas ventas una inversión significativa, una tradición más próxima al interés literario. En su última versión, sin embargo, ha logrado sorprender incluso en la misma dirección: la novela galardonada, *Aún*, de Marcelo Dupont, se aparta sin bambolla del imperativo más festejado y cortejado por los diversos componentes del sistema editorial en los últimos años, esto es, la narración de una historia con una estructura cristalina.

No es que esta novela carezca de historia, ni mucho menos de estructura (lo cual sería imposible). Se trata, en cambio, de que la primera no es en ella el determinante al que está supeditado el resto, sino más bien el resultado al que se llega como por añadidura, con el aporte del lector. El clima general demora unas páginas en instalarse, pero una vez que lo ha hecho, envuelve a quien lee y lo hace partícipe del acto de recordar, obsesivamente, unos pocos episodios o imágenes que van ampliándose por acumulación, sin llegar a clarificarse jamás por completo, ni aun a redondearse del todo al final.

Algo avanzado el libro, comenzamos a enterarnos de que el yo narrativo que recuerda está en una habitación de hospital, a la espera de ser intervenido quirúrgicamente. Allí, su pensamiento repasa una y otra vez diversos aspectos o momentos de una serie de breves episodios vividos en compañía de un íntimo amigo, a quien está ligado desde la infancia, y de una novia de éste que finalmente lo abandonó. El narrador tiene (o tenía) un taller mecánico en algún lugar indeterminado del conurbano bonaerense, a escasas cuadras del río. El amigo, sabremos, pasó por un fugaz intento de militancia durante la dictadura, y más tarde murió asesinado. La ubicación de los hechos rememorados en ese período oscurantista es menos algo destacado que una contribución a la atmósfera enrarecida, y sólo se hace notar por ciertos detalles, como la señalización de las paradas de colectivos instalada desde esa época: ZONA DE DETENCIÓN, todo un símbolo, señalado por Ricardo Piglia en un reportaje de los ochenta luego recogido en libro.

Los episodios en sí mismos podrían ser narrados en unas pocas páginas. *Aún* ni siquiera se ocupa en completarlos. Fragmentariamente, va acumulando imágenes parciales, yuxtapuestas en contigüidad. La construcción semeja entonces un río crecido que une en su fluir los elementos que arrastra, y va dejando aparecer intermitentemente en la superficie diversas partes de ellos, en ocasiones incluso las mismas. El método trae a la memoria muchas narraciones de Juan José Saer, al igual que el absoluto reinado de lo visible (lo que podría registrar una cámara) que éste tomó del *nouveau roman*. El clima enrarecido, nebuloso, evoca a Juan Carlos Onetti, otro habitante de las riberas narrativas. Pero la prosa de Dupont es más austera que la de estos antecesores: el vocabulario no comprende más palabras que las empleables en una conversación medianamente común, y la sintaxis, tan precisa como sencilla, opera con frases breves y concretas. El desafío, por lo tanto, no pasa por prodigios o mayores elaboraciones lingüísticas, sino por una simpleza lingüística puesta al servicio de una construcción compleja. La calidad de la combinación resultante constituye una buena prueba de que la ausencia de énfasis en la historia no impide una lectura llevadera, y permite otros goces.

Mariano Dupont (Buenos Aires, 1965) es también poeta, además de editor y redactor de las revistas *Los Inrockuptibles* y *Kilómetro 111*. Ésta es su primera novela.

Pablo Ingberg